

## **IDENTIDAD Y MISIÓN DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA**

### **INTRODUCCIÓN:**

Durante los últimos años en el mundo entero, y particularmente en América Latina, hemos sido testigos de qué manera el tema de la educación se ha convertido en una de las prioridades para la prensa, para la sociedad, y para los estados. Para nosotros que somos parte de la Iglesia Católica, el tema de **la educación** no es algo nuevo, sino que **es parte de nuestro trabajo evangelizador desde la misma experiencia de la venida del Espíritu Santo, en Pentecostés.** En nuestra patria, incipientes experiencias e iniciativas misioneras han involucrado a nuestra comunidad católica de una forma definitiva en la formación de los ciudadanos. Para nosotros la educación es una misión a la que no podemos renunciar, sin faltar al mismo tiempo, al envío misionero que nos ha hecho el Señor de proclamar su Palabra a todos los hombres. Entendemos la educación como **el pilar fundamental para alcanzar una mejor calidad de vida, para la superación de la pobreza, el bienestar total de nuestros hermanos y hermanas y que además de dar acceso al conocimiento debería llevar a la formación integral de las personas.**

### **1. Educar: Un Proceso de Formación Integral:**

Antes de profundizar en torno a la identidad y la misión de la educación católica, es apropiado aclarar **qué entendemos por el concepto de “educación”.** Solamente teniendo una meridiana claridad al respecto, será posible dar un paso más para entender un poco mejor de qué manera esta educación puede pasar a ser “católica”.

Para los que formamos parte de la Iglesia, **la “señal de la cruz” es parte de nuestra vivencia religiosa, y expresa de una forma muy clara nuestra fe en la Santísima Trinidad, en el Padre, el Hijo, y Espíritu Santo.** Signarnos con la cruz nos ayuda, de una manera muy particular, la forma en que Dios desea entrar y formar parte de nuestra existencia humana. **De una manera análoga la educación debe ser fundamentalmente un proceso de formación integral,** que permita la asimilación sistemática y crítica de la cultura. La tarea de educar tiene

relación con la asimilación del riquísimo patrimonio cultural, entendido como algo dinámico, como una realidad dinámica, vital y no estática. La realidad histórica se ve iluminada por los valores eternos, es cuestionada y confrontada; como lo dice el documento de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: “la Escuela está llamada a transformarse, ante todo, en lugar privilegiado de formación y promoción integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura, cosa que logra mediante un encuentro vivo y vital con el patrimonio cultural” (N° 329). Se concluye por lo tanto que cada disciplina a aprender en la escuela no puede ser solamente un saber por adquirir, sino que debe contener también valores por asimilar y verdades por descubrir.

Volviendo a la analogía con la señal de la cruz, toda educación, para ser auténtica e integral, debe penetrar en lo más profundo de las inteligencias y capacidad intelectual de los alumnos, permitiendo la integración entre fe y cultura de una forma clara y entendible; al mismo tiempo, debe comunicar valores que enriquecen las emociones contenidas en el corazón de los que aprenden, evocando un compromiso serio para trabajar por la auténtica liberación de los condicionamientos que impiden la vida humana en plenitud; por último debe abarcar al hombre completo, sin limitarse a parcialidades que son verdaderos obstáculos para el desarrollo total de la personalidad de los alumnos.

La educación tiene una finalidad esencialmente humanizadora, y como actividad humana del orden de la cultura es educación genuina cuando humaniza y personaliza al hombre, orientándolo hacia el fin último que se abre a la trascendencia, a la verdad y al fin último esencial de la persona. Una vez más, nos lo dice con mucha claridad el documento de Aparecida: “la educación humaniza y personaliza al ser humano cuando logra que este desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y en iniciativas de comunión con la totalidad del orden real” (Aparecida N° 330). Ya lo habían dicho los obispos, en 1979, en la Asamblea General de Puebla, que “la educación, en definitiva, humaniza y personaliza al hombre, cuando logra que este desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y de comunión con la totalidad del orden real por los cuales la misma persona humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia” (Puebla N°1025).

## **2. Identidad propia de la Educación Católica:**

Habiendo dejado, en el punto anterior, relativamente claro qué entendemos por “educación”, podemos ahora dar otro paso para incursionar en la identidad propia de la “educación católica”. “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt. 28, 19), con estas palabras, dirigidas a los apóstoles antes de ascender al cielo, Jesucristo dejó clarísima la misión primaria de la Iglesia. El anuncio del Evangelio es la tarea para la Iglesia de todos los tiempos, procurando la relación entre la fe y la vida a nivel personal e individual, pero también en el contexto sociocultural en que las personas viven, actúan y se relacionan. La característica fundamental, por lo tanto, que le da identidad a la educación católica, se encuentra en que su fundamento y término es Jesucristo. “Cuando hablamos de una educación cristiana, por lo tanto, entendemos que el Maestro educa hacia un proyecto de ser humano en el que habite Jesucristo con el poder transformador de su vida nueva” (Aparecida 332). En el proyecto educativo católico, Cristo el Hombre perfecto, es el fundamento, en donde todos los valores humanos encuentran su realización en plenitud. Cristo inspira revelando su Evangelio y promoviendo el sentido nuevo de la existencia, llevando al hombre a pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida. Los criterios y los principios de la Buena Nueva de Jesucristo se convierten para la escuela católica en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo en metas finales. El centro educativo católico tiene como misión fundamental proponer a la persona de Jesucristo, como la alternativa que eleva y ennoblece a la persona humana, dándole auténtico valor a su existencia y constituyéndose en el perfecto ejemplo de vida como la mejor noticia para la humanidad. La escuela católica está llamada, por lo tanto, a dejarse guiar explícita y concientemente por la concepción cristiana del hombre, en estrecha comunión con el magisterio de la Iglesia.

A partir de esta premisa, nuestros colegios de Iglesia, tanto los que pertenecen a congregaciones religiosas como los que dependen de nuestras diversas diócesis, se destacan de una forma muy especial por tener como modelo y meta a Cristo; coloca a la persona humana en la más alta dignidad, por ser hijo de Dios; promueve la solidaridad con todos los hermanos a través del amor fraterno, la participación en la comunidad eclesial; destacándose por contar con proyectos educativos que transmiten valores profundamente enraizados en el mensaje evangélico del amor a Dios y a los hermanos, la solidaridad, el trabajo

por la justicia, la vida familiar y el servicio a la nación. La escuela católica cumple su misión inmersa en una realidad que es dinámica, como dinámica es la situación cultural y social en que se enmarca. En el tiempo actual nos vemos desafiados por los cambios, nos cuestionan y nos plantean nuevas tareas frente a nuevos problemas, pero sin perder de vista nuestra identidad fundamental.

Para ser verdaderamente cristiana, la escuela católica no puede simplemente adaptarse a la realidad del mundo contemporáneo, sino que debe ser siempre una propuesta profética fundada en el proyecto de Dios, manifestado en la persona de Jesucristo como único Salvador y Redentor de los hombres.

### **3. Misión de la escuela católica:**

De la reflexión en torno a la identidad propia de la educación católica, hemos concluido que la escuela desde el punto de vista de la fe, es un lugar de evangelización y salvación. Profundicemos la reflexión, identificando con mayor claridad la misión que tiene la escuela católica a través de lo que nos dice la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia.

No es mucho lo que dice la Sagrada Escritura sobre la escuela. En el Antiguo Testamento Moisés encargó a los sacerdotes y ancianos instruir al pueblo en la Ley de la Alianza para alcanzar todos, la nueva sabiduría (Deuteronomio 31, 9 al 13). En Israel tienen un prestigio especial los sabios por su prudencia para aconsejar (Sirá 9, 14-17). Estos sabios comparten su consejo por las calles (Prov. 1, 20), en las puertas de sus casas (Prov. 8, 32-34), en los cerros, en cruces de caminos y cuando juzgan casos en las puertas de la ciudad (Prov. 8, 1-3). Es tradición en el pueblo de Israel memorizar las frases bien dichas, las que se coleccionan adquiriendo la condición posterior de Escritura Sagrada (Prov. 10, 1; 22, 16; 24, 22; 25, 1). Los sacerdotes de la antigua alianza adquieren el rol de maestros de la ley, muy probablemente en el contexto del templo que se entendió como un lugar de enseñanza de la ley o toráh, que significa etimológicamente enseñanza.

En otras partes de la Biblia adquieren importancia como educadores los profetas, porque transmiten revelaciones de Dios (Jeremías 18, 18; Ezequiel 7, 26); el profeta Elías tuvo como discípulo a Eliseo (2 Reyes 2, 3). Eliseo a su vez tuvo como discípulos un grupo de profetas (2 Reyes

4, 38-41). La palabra escuela, aparece por primera vez en el epílogo del Eclesiástico (Sirá 51, 23), y más tarde se convertiría en Israel en una ley donde los niños debían concurrir a la escuela desde los siete años. Podemos concluir que por motivos religiosos, y de forma gratuita, Israel establece la estructura de la escuela como un servicio para mostrar el camino de la ley de Dios.

En el Nuevo Testamento, es el mismo señor Jesús quien en su mandato final envía a sus discípulos a fundar y atender comunidades eclesiales, donde primen los valores evangélicos. Para cumplirlos surgen los misioneros evangelizadores y los maestros, que dan forma y formación a la comunidad cristiana.

En relación a lo que nos dice el Magisterio Eclesial sobre la escuela, debemos insistir que se trata de un tema de vital importancia, tratado más recientemente y con profundidad en el Concilio Vaticano II y en los documentos magisteriales después del Concilio, con un acento especialísimo en el rol propio de la escuela católica. La declaración conciliar *Gravissimum Educationis* destaca y fundamenta la importancia de la escuela con las siguientes palabras: “entre todos los medios de educación, tiene peculiar importancia la escuela, la cual en virtud de su misión, a la vez que cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio, introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas, promueve el sentido de los valores, prepara para la vida profesional, fomenta el trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición, contribuyendo a la comprensión mutua; constituye además como un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios deben participar juntamente las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, así como la sociedad civil y toda la comunidad humana” (G. E.). Tenemos aquí en esta densa descripción, y con suma claridad, la misión de la escuela católica. La escuela no es el único lugar educativo, pero es el lugar de la educación sistemática, profesional, organizada. Su misión está particularmente enfocada en entregar en forma crítica la cultura universal y local. El contacto con la familia, con las fuentes de trabajo, con los centros de creación y difusión cultural, con los medios de comunicación social, aparecen como importantes aspectos a considerar en el cumplimiento del cometido educacional de la Iglesia.

Siguiendo la instrucción del Concilio Vaticano II, la Congregación para la Educación Católica publicó en 1977 el documento sobre “La Escuela Católica” (EC). La misión de la escuela católica es transmitir a las

personas “el único fin trascendente que da la vida a un sentido más pleno” (EC 8).

El documento sobre la Escuela Católica (EC), publicado por la Congregación para la Educación Católica en 1977, sigue siendo relevante para nosotros de una forma particular. Nos presenta algunas exigencias que la escuela católica debe tener presente cuando cumple su labor educativa, algunas de ellas a destacar serían:

1. Invita a crear un ambiente educativo de libertad, “formar al hombre desde dentro, para liberarlo de los condicionamientos que pudieran impedir vivir plenamente (EC 29).
2. Habla también del método cómo se debe producir el encuentro con la cultura, en este sentido se propone “en forma de elaboración, es decir confrontando e insertando los valores perennes en el contexto actual... en los problemas del tiempo en que se desarrolla la vida del joven... debe estimular al alumno para que ejercite la inteligencia, promoviendo el dinamismo de la clarificación y de la investigación intelectual, y explicitando el sentido de las experiencias y de las certezas vividas” (EC 27).
3. En relación a cómo se debe conducir la escuela, el documento insiste en la necesidad de los proyectos educativos para que “todo miembro de la comunidad escolar tenga presente tal visión de la realidad, aún cuando sea según diversos grados de conciencia, por lo menos para conferir unidad a la enseñanza” (EC 29). “Por esto, la escuela debe partir de un proyecto educativo intencionalmente dirigido a la promoción total de la persona” (EC 29).
4. La escuela católica tiene la gran misión de “poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura, precisamente con el fin de activar el dinamismo espiritual del sujeto y ayudarle a alcanzar la libertad ética que presupone y perfecciona a la psicológica” (EC 30).
5. Invita el documento a asumir una ética disciplinaria, es decir, que la escuela católica “debe realizarse como una comunidad en la cual se expresen los valores por medio de auténticas relaciones interpersonales entre los diversos miembros que la componen y por la adhesión, no sólo individual, sino comunitaria, a la visión de la realidad en la cual ella se inspira” (EC 32).

Como con claridad hemos visto y constatado en lo dicho previamente, la escuela católica se entiende como un lugar de misión, y cuando está bien organizada y animada es un verdadero centro de acción apostólica. Muchas veces la identidad escolar que se da en nuestros centros educativos católicos puede llegar a ser más atrayente que la parroquia para los católicos periféricos y alejados, de ahí la necesidad de que se entiendan como “unidades pastorales”, como lo ha expresado la Conferencia Episcopal de Chile, animando una intensa vida pastoral y apostólica dentro de las escuelas católicas. “La escuela católica entra de lleno en la misión salvífica de la Iglesia y particularmente en la exigencia de la educación de la fe... el proyecto educativo de la escuela católica se define precisamente por su referencia explícita al Evangelio de Jesucristo, con el intento de arraigarlo en la conciencia y en la vida de los jóvenes, teniendo en cuenta los condicionamientos culturales de hoy” (EC 9).

Como síntesis de lo dicho sobre la misión de la escuela católica, podemos identificar tres funciones fundamentales de su misión. Ellas tienen relación con:

- **Constituir una comunidad eclesial educativa:** como lo dice el Magisterio de la Iglesia “la escuela católica sabe que ella constituye una comunidad que debe alimentarse y confrontarse con las fuentes de las que deriva la razón de su existencia: la palabra salvífica de Cristo, tal como se expresa en la Sagrada Escritura, en la Tradición sobretodo litúrgica y sacramental, y en la existencia de aquellos que la han vivido y la viven actualmente” (EC 54).
- La escuela católica debe **promover la síntesis entre la fe y la cultura, respetando la autonomía de la cultura,** la escuela católica aporta a la luz de la revelación divina y salvadora que no deteriora a la cultura, sino que la perfecciona y la profundiza como lo dice el documento sobre la Escuela Católica: “se cultivan todas las disciplinas con el debido respeto al método particular de cada una. Sería erróneo considerar estas disciplinas como simples auxiliares de la fe o como medios utilizables para fines apologeticos” (EC 39).
- **La escuela católica promoviendo la síntesis entre la fe y la vida, ayuda al alumno a descubrir su vocación en la vida.** “La trama misma de la humana existencia invita (a los alumnos) en cuanto cristianos, a comprometerse en el servicio de Dios a favor de los

propios hermanos, y a transformar el mundo para que venga a ser una morada digna de los hombres” (EC 45). Deriva de esta exigencia que la escuela católica debe enseñar valientemente las exigencias de la justicia, promoviendo en el alumno una opción libre y radical para trabajar por el bien de los hermanos, iluminado por el mensaje de la fe.

#### **4. La centralidad de la persona humana en la Educación Católica:**

Cuando hablamos de la identidad y de la misión de la educación católica, es fundamental con claridad que el sujeto de la educación es persona, varón o mujer en cualquier etapa de su vida. En la fe tenemos la certeza que el crecimiento humano comienza con la gestación y que se perfecciona por la fuerza de la gracia de Dios y sólo termina con la muerte, que entendemos como un paso a la vida en plenitud y eterna. El ser humano con su apertura a Dios está en el centro del tema educativo, como lo defiende la Iglesia en el Concilio Vaticano II: “la verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las sociedades de la que el hombre es miembro y en cuyas responsabilidades participará cuando llegue a ser adulto” (Declaración Gravissimum Educationis, sobre la educación cristiana de la juventud N°1).

Uno de los papas recientes, recordado con gran cariño por todos nosotros, me refiero a Juan Pablo II de feliz memoria, ha hecho un aporte importantísimo en la reflexión antropológica y su nexo fundamental con la evangelización. En su primera encíclica *Redemptor Hominis*, no ha dejado de insistir con fuerza que “el hombre es el camino de la Iglesia... su única finalidad ha sido la atención y la responsabilidad hacia el hombre, confiada a ella por Cristo mismo, hacia este hombre, que... es la única criatura que Dios ha querido por sí misma y sobre la cual tiene su proyecto, es decir, la participación de la salvación eterna” (N°53).

Recientemente en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida Brasil, la Iglesia ha insistido, una vez más, que se siente “llamada a promover en sus escuelas una educación centrada en la persona humana que es capaz de vivir en la comunidad, aportando lo suyo para su bien” (N° 334). De aquí surge también el compromiso que la Iglesia ha asumido por formar y servir en la educación a los postergados y a los más pobres. Lo dice Aparecida con estas palabras: “ante el hecho de que muchos se encuentran excluidos,



la Iglesia deberá impulsar una educación de calidad para todos, formal y no formal, especialmente para los más pobres... educación que ofrezca a los niños, a los jóvenes y a los adultos el encuentro con los valores culturales del propio país descubriendo o integrando en ellos la dimensión religiosa y trascendente; para ello necesitamos una pastoral de la educación dinámica y que acompañe los procesos educativos, que sea vez que legitime y salvaguarde la libertad de educación ante el Estado y el derecho a una educación de calidad de los más desposeídos” (Aparecida N°334). Es a partir de la centralidad antropológica que la Iglesia se compromete a un servicio dirigido al ser humano, con una profunda dimensión liberadora y formadora de personas, que se conviertan en agentes de promoción humana y de testimonio cristiano.

### Preservar la identidad de la escuela católica

La escuela católica no puede renunciar a sus principios de fondo por hacerse más atractiva y más "competitiva".

Una escuela no puede sobrevivir sin una buena administración económica. Esto vale tanto para escuelas públicas como para escuelas privadas, también si éstas asumen como propio un ideario católico.

La escuela católica no puede renunciar a sus principios de fondo por hacerse más atractiva y más "competitiva". Si la sal se vuelve sosa, ¿para qué sirve?, nos recuerda el Evangelio (cf. Mc 9,50). Una escuela católica que, para "venderse", asumiese idearios y métodos contrarios a los principios básicos de la fe sería un contrasentido e incluso un grave fraude hacia los padres que desean una buena formación cristiana de sus hijos, y hacia toda la Iglesia, que confía en las escuelas católicas como auténticas promotoras de cultura imbuida de Evangelio.

Los principios básicos de la escuela católica están enumerados, de una manera especialmente autorizada, en la declaración "Gravissimum educationis" del Concilio Vaticano II. En la misma podemos leer indicaciones como las siguientes:

\* La educación cristiana no sólo busca una completa formación humana, sino que también ayuda al desarrollo personal de dimensiones como las de la fe, la oración, el culto, la vida en Cristo, la vida comunitaria y apostólica (n. 2).

\* Las escuelas católicas deben promover un clima que permita el desarrollo de la vida cristiana (n. 8).

\* Los profesores de las escuelas católicas han de tener una buena preparación profesional y ser capaces de desarrollar una auténtica acción apostólica (n. 8).

En un importante discurso a la asamblea diocesana de Roma (11 de junio de 2007), el Papa Benedicto XVI afrontó algunos de estos temas y los situó dentro del contexto del relativismo actual que dificulta la transmisión de "valores fundamentales de la existencia" y que llevó al Papa a hablar de una auténtica "emergencia educativa".

La tarea de la Iglesia, en nuestro contexto cultural, es enorme, y la escuela católica puede hacer una labor inmensa a favor de la educación de la fe. Benedicto XVI lo expresaba con estas palabras: "el compromiso de la Iglesia de educar en la fe, en el seguimiento y en el testimonio del Señor Jesús asume, más que nunca, también el valor de una contribución para hacer que la sociedad en que vivimos salga de la crisis educativa que la aflige, poniendo un dique a la desconfianza y al extraño 'odio de sí misma' que parece haberse convertido en una característica de nuestra civilización".

Ante la "emergencia educativa" hace falta, subrayaba el Papa en el discurso citado, ayudar a los niños, adolescentes y jóvenes "a encontrarse con Cristo y a entablar con Él una relación duradera y profunda. Sin embargo, precisamente este es el desafío decisivo para el futuro de la fe, de la Iglesia y del cristianismo, y por tanto es una prioridad esencial de nuestro trabajo pastoral: acercar a Cristo y al Padre a la nueva generación, que vive en un mundo en gran parte alejado de Dios".

En ese sentido, se hace patente una faceta fundamental de la educación católica: sin la ayuda del Espíritu Santo es imposible llevar adelante una tarea tan exigente. Así lo recordaba Benedicto XVI en el discurso que estamos evocando: "Son necesarias la luz y la gracia que proceden de Dios y actúan en lo más íntimo de los corazones y de las conciencias. Así pues, para la educación y la formación cristiana son decisivas ante todo la oración y nuestra amistad personal con Jesús, pues sólo quien conoce y ama a Jesucristo puede introducir a sus hermanos en una relación vital con él".

Igualmente, seguía el Papa, hace falta que la educación cristiana se desarrolle en un auténtico contexto de amor, sobre todo para superar el clima de aislamiento y de soledad propio de nuestro tiempo. Frente a este clima, "resulta decisivo el acompañamiento personal, que da a quien crece la certeza de ser amado, comprendido y acogido".

Benedicto XVI concretaba aún más esta idea: "este acompañamiento debe llevar a palpar que nuestra fe no es algo del pasado, sino que puede vivirse hoy, y que viviéndola encontramos realmente nuestro bien. Así, a los muchachos y los jóvenes se les puede ayudar a librarse de prejuicios generalizados y a darse cuenta de que el modo cristiano de vivir es realizable y razonable, más aún, el más razonable, con mucho".

Esa es la tarea que asumen y que viven los verdaderos educadores católicos, desde la luz del Espíritu Santo que acompaña e ilumina el caminar de la Iglesia en el tiempo hacia el encuentro definitivo con nuestro Señor.

## **5. El Educador Católico y sus desafíos:**

Estoy seguro de que todos los presentes, cuando éramos niños, escuchábamos a los mayores decir que las nuevas generaciones eran muy distintas a las anteriores. Más de alguno de nosotros dirá lo mismo en el tiempo presente, ¿será que ya estamos viejos? Sea o no sea el caso, nadie puede negar que educar hoy tiene desafíos nuevos que exigen nuevas respuestas. Cambios sustanciales en el contexto social en que nos situamos exigen de nosotros una nueva mirada a la educación. El protagonismo de los medios de comunicación, la presencia de formas renovadas de tratar la información, el contacto con otras culturas nos cuestionan y nos plantean nuevas tareas frente a los problemas técnicos, éticos y culturales que conlleva esta situación. El crecimiento exponencial del conocimiento y las grandes reformas educativas estructurales que se llevan adelante en el mundo entero, exigen la rápida asimilación y transformación de los conocimientos que forman parte de los programas de estudio y cuestionan la memorización. Esto nos plantea un desafío como el aprender a aprender. La atención a la diversidad y las expresiones democráticas que son parte de nuestra sociedad actual y que transforman el hecho educativo en una necesidad de un trabajo cada vez más colectivo, en la diversidad, la tolerancia y la colaboración. La realidad de la economía, tanto a nivel mundial como a nivel nacional, nos exige preparar a

nuestros alumnos y alumnas como agentes activos en la transformación de la sociedad, haciéndola más justa, más solidaria y más participativa. Una tendencia fuertemente reduccionista ha llevado a la educación pública a centrarse más en los conocimientos y en las habilidades, de cara al mercado, la producción y la competitividad; lo que ha arrastrado a la escuela católica que se ve amenazada por la peligrosa relajación en delicados asuntos de orden familiar y del manejo de la sexualidad, que están dejando de lado valores espirituales y religiosos, que le dan el profundo sentido a la vida humana. En medio de esta compleja realidad, el educador católico es desafiado por el contexto externo expresado por la época, y el interno personal que le exige tener una identidad propia, una personalidad definida y atractiva.

La época postmoderna que vivimos, impone sobre el educador católico, con diversos matices, nuevos desafíos que exigen nuevas respuestas. Con la bandera de la heterogeneidad, la ética se presenta como algo provisional, un tema casi de opción personal. Domina la búsqueda de lo inmediato, el goce hedonista del aquí y el ahora, sin compromiso ni pasión profunda. Lo religioso pierde su valor profundo y se mezcla peligrosamente confundiendo con sectas, experiencias místicas de corte oriental, supersticiones, expresiones espirituales triviales.

La globalización es un fenómeno que también desafía al educador católico. El mundo, como una aldea global, tiende a superar fronteras y barreras, se abre al diálogo intercultural y a trabajar en redes. El educador católico debe pensar globalmente y actuar localmente. Pero también la globalización tiene un rostro negativo, expresado en las políticas neoliberales que aumentan la exclusión y la marginalidad de nuestros pueblos. El círculo de la pobreza no desaparece, sino que más bien parece aumentar, a pesar de los esfuerzos que se hacen en diferentes niveles para evitarlos. Aumenta la violencia, como fruto de la desigualdad de oportunidades, la exclusión y el fracaso escolar; el educador requiere de una formación de alta calidad, que se abra a estudios de postgrado y cursos de perfeccionamiento permanente. La evaluación periódica del desempeño del formador no es una opción, sino que una obligación para el tiempo presente; se hace imperiosa además un reposicionamiento de la vocación docente en la sociedad, que permita recuperar el prestigio del llamado a ser educadores con buenas condiciones de trabajo y remuneraciones justas. Esencial es también, tener un claro liderazgo en la comunidad educativa, un buen director o rector; un buen administrador, un buen equipo directivo, que motiva, alienta, es participativo; que mantiene como permanente

desafío mejorar la calidad de la gestión escolar, con una planificación rigurosa y seria que promueve la calidad integral del quehacer diario del establecimiento.

El desarrollo tecnológico es un importante desafío, que viene desde fuera del educador católico. Las nuevas tecnologías entraron en el currículo para quedarse. Nuestros alumnos tienen acceso directo a la educación a través de Internet, y no pocas veces pueden saber aún más que nosotros mismos. El rol de mediadores del conocimiento de interlocutores de nuevas culturas, cobra un vigor y una importancia particular en el tiempo presente. Sin embargo, ningún recurso tecnológico, podrá reemplazar al educador como persona. El educador-persona es imprescindible como mediador privilegiado de afecto, calor humano, acogida, apoyo en el pensar crítico y desarrollo de los talentos.

## **CONCLUSIÓN:**

Al concluir esta apretada síntesis de lo que debe ser entendido como identidad y misión de la educación católica, en el contexto del momento pastoral de nuestra diócesis, estimo conveniente unirnos al sueño de nuestra Iglesia diocesana. A la luz de este Congreso, los invito a continuar caminando para que al igual que nuestra Iglesia diocesana, nuestras escuelas católicas sean:

- 1. Comunidades creyentes...** firmes en sus convicciones, con una sólida fe enraizada en el Evangelio de Jesucristo y en el Magisterio de la Iglesia, asumiendo la fe con fuerza y testimonio vivo.
- 2. Comunidades misioneras...** escuelas atentas a los desafíos que nos presentan los tiempos nuevos, vivas en su fe y en la práctica del Evangelio, trabajando orgánicamente y con visión y actitud profética.
- 3. Comunidades celebrativas...** escuelas católicas agradecidas de Dios, de su amor y bendiciones constantes, al servicio de los hermanos; celebrando con toda el alma, y con alegría y espontaneidad, la oración de la Iglesia centrada en la celebración eucarística.

**4. Unidades acogedoras...** escuelas atentas a la realidad de la gente y al acontecer del mundo; fraternas “humanas”, viviendo la comunión y al servicio particularmente de los más pobres.

**5. Comunidades que dan testimonio...** coherentes con el Evangelio y el Magisterio de la santa Iglesia, abierta al servicio más allá de las puertas del establecimiento, colaborando con la sociedad de su entorno.

**6. Comunidades servidoras...** escuelas que saben compartir solidariamente en el espíritu de las Bienaventuranzas, con sencillez y humildad.

**7. Comunidades participativas...** viviendo en comunión entre los diferentes estamentos, acogiéndose y apoyándose mutuamente, en espíritu de libertad desarrollado en la diversidad.

**8. Comunidades significativas...** escuela católica abierta a la sociedad y anunciadora de “buenas noticias”, optimista, abierta a las inspiraciones del Espíritu Santo, y atrayente.

#### Frase final

#### Mensaje del Papa Benedicto XVI a los jóvenes

**Con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud** lunes 15 de marzo de 2010

**¡A pesar de las dificultades, no os dejéis desanimar..! El futuro está en las manos de quienes saben buscar y encontrar razones fuertes de vida y de esperanza. ¡Si queréis, el futuro está en vuestras manos, porque los dones y las riquezas que el Señor ha puesto en el corazón de cada uno de vosotros, plasmados por el encuentro con Cristo, pueden traer auténtica esperanza al mundo!**

*Mons. Carlos Pellegrin Barrera  
Obispo de Chillán*

*Los Ángeles, Diciembre de 2011.-*